

los arroyos cristalinos y murmurantes, el trigo que nacía sin otro cuidado que la feracidad natural del suelo fertilísimo, trocaron poco a poco sus feroces costumbres que en el hermano les hacían ver al enemigo.

De países fríos, de fosco cielo y de serenos lagos, sus cuerpos estaban defendidos con gruesos abrigos de plumas, sus garras eran aptas para escarbar la nieve y para hacer presa en el alimento; su boca la tenían armada con poderosos dientes y su cola se prolongaba como rabo adornado de plumas y en su corto vuelo más saltaban que se cernían. Poco a poco fueron perdiendo sus apagados colores tornándolos en vivos y frescos; el inútil rabo se atrofió en breve, y fué sustituido por las vistosas plumas de la cola; inservibles los dientes desaparecieron; el pico, más adecuado para prender los granos abundantes les sustituyó con ventaja. Aprendieron a remontarse en el espacio, y sus gargantas supieron expresar la tranquilidad y la hermosura de la nueva tierra, y cantaron dichosos a la paz y al amor. Los jilgueros, los ruiseñores, las golondrinas... todos los alados que arribaron en la isla dijeron día y noche la oración sagrada de la bondad sobre los seres y aquel pueblo perseguido y atormentado vivió por primera vez sin otras leyes que las que en todos dicta el amor y el respeto. ¿Por qué habían de arrebatar un grano, un fruto o una brizna del ajeno nido, cuando la Naturaleza se les ofrecía como esposa complaciente? El amor fundamentaba la vida de aquella isla con lazos más fuertes que los látigos de todos los déspotas.

Una fiesta solamente celebraba aquel pueblo: era la fiesta en que se elegía a la reina del año. Habíase de elegir a la más hermosa de las vírgenes, y había ésta de contraer matrimonio con el preferido por su volun-

tad. Entonces las demás doncellas podían unirse a sus amados y de la felicidad de su reina presagiaban su propia felicidad.

En el día más sereno de la primavera se celebraba la fiesta del amor. Todos los pueblos alados se congregaban en una extensa playa dorada por el sol donde sobre las femeninas arenas venían las olas mansamente a morir. Millares de pájaros policromaban el muelle oro de la playa, las ramas incontables de la vecina fronda, las rocas cercanas... Aguardaban la más propicia hora del amor y ésta era dictada por ese inefable momento de quietud que precede a la noche. Los más pulidos pájaros remontarían a la reina como corceles alados orgullosos de su carga; el carro triunfal era una concha purísima de reflejos nacarinos, y reina, concha y corceles serían sumergidos para purificarse en la ondas del mar. Alondra Blanca había sido elegida reina del año y cuando el sol poniente ensangrentó la carne virginal de la tarde semidesnuda en su transparencia de tul, cuando las quietas aguas se cubrieron de sutil blonda donde los genios de la noche naciente engarzaron diamantes y esmeraldas, la carroza nupcial subió a los aires entre arpegios de júbilo exhalados por millares de cancras gargantas, para precipitarse en caprichosos giros en la calma del mar y remontarse Alondra Blanca limpia y purificada.

Un punto fué en el firmamento cuando voló hacia ella el prometido Ruiseñor, su compañero, su amigo constante, que había sido llamado por Alondra Blanca al tálamo amoroso. Sin envidias y sin rencores los demás pájaros le dejaron marchar. En la isla aquella se respetaba la decisión de los enamorados y nadie osaría ya disputar el cariño de Alondra Blanca, ni colocar sobre su ya sagrada belleza un deseo ladrón.

Para toda la vida eran estas uniones fundadas sólo en el común deseo, porque la belleza no estaba a merced del hombre o del trabajo agotador. La isla pródiga los alimentaba, y crecían cubiertos por las galas más lindas. Siempre hermosas, no había de buscar el esposo belleza en otra parte que en su nido. Hubo un tiempo en que, bárbaros, los machos atormentaban a las hembras. Ese tiempo era entonces solamente un recuerdo. Fueron momentos difíciles. Comían sólo los pájaros más fuertes, que se hicieron señores de la isla y conseguían

por hambre o por ambición a la esposa envejecida por las privaciones o a las hijas de los desposeídos. El macho que volvía a su hogar se encontraba con la enfermedad y la miseria, hosco el gesto de la compañera, tristes los hijos, y buscaba en otra parte el calor que faltaba en su nido. Luego, el tiempo, la dulzura de la paz y el ambiente de abundancia borraron estos recuerdos dolorosos.

Cuando por Ruiseñor fué alcanzada Alondra Blanca, brillaban rutilantes los astros de la noche; en la floresta se mecían levemente las flores en celo y el aire cargado de polen se posaba sobre las abiertas corolas; las cabelleras sueltas de los sauces y las cuidadosamente peinadas de los pinos susurraban palabras inquietantes y la fronda entera era una emanación de enervantes aromas.

Ruiseñor.—Como tiemblan las hojas mecidas por la brisa, esta brisa borracha de estrellas y perfumes y vestida de Luna, así tiembla mi espíritu en la cálida noche.

Alondra Blanca.—Oh, noche luminosa, tibio sueño de estío, caricia deliciosa.

Ruiseñor.—A tus dulces palabras se estremecen las almas en los ardientes pechos y los llenas, oh diosa, de encendida locura.

Alondra Blanca.—Y de sed insaciable de infinita ternura...

Ruiseñor.—Bajo espléndida bóveda de brillantes luceros, desfallezco dichoso en la carne blanquísima de la que es por mi amada.

Alondra Blanca.—Olvídeme de todo al calor de tus besos y en mis entrañas siento el calor de tu vida.

Olvídeme de todo y dulcemente muero mientras mis ojos beben el brillo de tus ojos

Dice la noche:—Cubriéndoos con mis gasas discretamente os velo, mientras murmuran vagos nosequés las mimosas y las heridas rojas, de fragantes rosales murmuran a la sombra de excelsos eucaliptus.

(Continuará)

FARMACIA

F. Calatayud

o o
o

Plaza de la Constitución, 1

CIUDAD REAL

FIAMBRES - MARISCOS
CERVEZAS Y LICORES

Café Ideal

ANTONIO RODRIGUEZ

Sucesor de MANUEL GONZALEZ

GENERAL AGUILERA, 12 TEL. 32

CIUDAD REAL